

AL LANGOSTINO

El verano se acercaba y comenzaba ya a calentar el sol en demasía el motor, y los aparejos de las barcas, y los cuerpos de los marinos. Se hacía agradable el impacto de la brisa húmeda salpicando los rostros al darle potencia al fueraborda de la embarcación. A pocos metros de la costa se distinguían los cuerpos camuflados entre las dunas de quienes ociosos soportaban sumisos los baños de sol, por la satisfacción de conseguir los primeros un cuerpo bronceado.

La barca de “El Portugués” se acerca a la costa onubense de La Antilla, ya se divisan las casas del barrio de Pescadores. Cuando los primeros rugidos del motor de su barca llegan a la orilla, los pescadores que con sus pateras, como ellos las denominan, en la arena liberan de las redes las capturas, con las cabezas bajas rindiendo pleitesía al mar, mecánicamente abandonan su tarea por un momento para ayudarle a sacar la barca de las aguas y ponerla a salvo en la playa. Codo con codo, todos colaboran como hermanos, porque casi lo son, pues todos han crecido juntos viendo como sus padres hacían lo mismo, lanzar las barcas al mar y luego recogerlas de éste, aún cuando no existían los motores y había que entrar al agua para buscarlas más dentro. Ahora que la fuerza del motor regala el primer empujón pero luego deja la barca clavada en la arena a merced de los brazos de los hombres, ahora que quedan tan pocos trabajando en la mar que no merece la pena mantener el tractor que podía evitar este esfuerzo. Todos juntos como en el bar que mira la playa y vigila las barcas, como en las casas de la barriada de Pescadores donde las puertas pierden su uso para convertirse en elemento decorativo. Hogares de familias numerosas donde se mezclan los apellidos antes de perderse en motes familiares.

En La Antilla siempre ha sido así, a diferencia de los pueblos cercanos como

Isla Cristina o El Terrón que poseen un puerto donde atracar las barcas para cambiar pausadamente del medio marino al terrestre, aquí el desembarco se torna violento. Con el motor a pleno gas y la proa lanzada hacia la playa, para encallar como la ballena orca en busca de sus presas. Siempre por detrás, viendo salir de otros puertos los grandes arrastreros cuyas redes esquilman el fondo del mar levantando la arena y llevándose consigo la riqueza de los fondos, evitando así que las especies se regeneren a un ritmo normal y pisando el fruto que tan desinteresadamente ha regalado la mar a quien la ha cuidado y ha labrado en ella, respetando sus leyes para no molestarla. La pesca escasea y a pesar de las ayudas estatales no hay sitio para todos, algunos en lugar de marchar hacia la playa de madrugada, cogen el coche en dirección a estos pueblos y embarcan en estas naves, aún a sabiendas de su traición para con la mar y sus hermanos, y pasan la semana fuera de casa llenando las bodegas de un estomago insaciable, las bodegas del consumismo, para llevar a casa un sueldo fijo que los aleje de la cuerda floja del que sale a faenar con las manos vacías. ¿Quién es capaz de explicar la importancia de la sostenibilidad del Medio Ambiente frente a la sostenibilidad de una familia de cinco hijos? Es tan difícil renunciar a sentarnos sobre nuestra conciencia a ver cómo crecen nuestros hijos sin que les falte ningún capricho.

El reloj marcaba las cinco de la mañana cuando Juan, en la arena frente al mar, de espaldas al barrio, esperaba a su hermano para hacerse juntos a la mar iluminados únicamente por la luna llena y una pequeña linterna. Las mamparras cruzaban la línea del horizonte delimitando con sus luces el confín entre el mar y el cielo. Juan trabajó durante catorce días en una de ellas. Cuenta agriamente que salían al atardecer y empleaban dos horas en llegar al caladero, luego esperaban ocho o diez horas de faena, con los pies clavados en el suelo del barco y la cabeza humillada en la labor, levantándola solo para sentir el violento vaivén de la nave. El patrón no era buena gente y Juan regresó a su barca y al calor de las noches en la casa. Nunca cobró lo

pactado ni apareció rastro de ese trabajo en su vida laboral. “Hay que ser un asesino para llevar a veinte hombres a la mar sin asegurar”, comentaba mientras apuraba el primer cigarro de la jornada.

Esa misma tarde, en el bar donde acuden los pescadores a refrescar el fin de la faena y comparar la suerte de la jornada, “El Minero” habla de la mamparra que su hermano tiene en “Isla”. Un barco de ochocientos mil euros, dotado de un sonar para detectar los bancos de peces, grúa para subir las redes, y todos los adelantos necesarios en seguridad. “Tenemos un máximo diario de tres toneladas y media de sardinas en esta época, la pesca está bien organizada si nadie rebasa las cuotas. Mirad como está La Antilla de veraneantes, si todos comen una sardina diaria..., y alguien tendrá que cogerlas.”

La barca de “El Portugués” ya descansa en la arena a resguardo de las olas que baten la orilla, ahora toca limpiar las redes, liberar a los peces y llenar los cubos para luego acercarse a la esquina donde “El Comehierba” espera con la romana para pagar el esfuerzo del madrugón y el sacrificio de unas manos cansadas de tirar de cientos de metros de redes mojadas, y luego de limpiarlas y sumergirlas para volver a empezar de nuevo. Hoy ha habido suerte y el langostino empieza a moverse, llega el calor y con él los crustáceos y los turistas que en buena medida también vienen en busca del mismo fruto.

En un principio la amenaza del turismo era un peso excesivo para las barcas que se hacían a la mar y llenaba de temores las horas muertas de los pescadores durante la faena en la soledad de las aguas. A mediados de los cincuenta las chabolas que habían levantado los inmigrantes portugueses que cruzaron el Guadiana en Ayamonte para ocupar plazas de braceros en las barcas de jábega necesitadas de manos que sacaran las redes de copo del agua, fueron sustituidas por casas, bajo el mandato de un gobernador civil, conformando la actual Barriada de Pescadores, lo que supuso todo un avance en

la mejora de calidad de vida de estas familias. Pero las casas no pertenecían a sus moradores, y la fiebre del turismo hacía y deshacía, corrompía a los hombres y no entendía de tradiciones, solo de kilómetros de playas de fina arena y de miles de turistas que acudían cada vez más en masa a tostar sus cuerpos con el sol de Andalucía, y del negocio que suponía mantenerlos, alojarlos, entretenerlos, y lo sacrificado que era trabajar todo el día mojado, y tener que salir con miedo a faenar en un mar lleno de surcos y montes de agua que van y vienen y se tragan a los hombres y no devuelven el cuerpo a sus viudas, para engrosar en un triste cementerio el número de tumbas vacías. Los cantos de sirena de los nuevos tiempos que venían sacaron a algunos del mar y cambiaron sus trajes y botas de agua por mandiles y camisas blancas con pajaritas, y las redes por bandejas de aluminio. Las urbanizaciones poblaron los descampados y acorralaron el poblado uniéndolo al pueblo y convirtiéndolo en un barrio. Los turistas coparon la playa dejando solo unos metros de esta para la maniobra de desembarco. Las preocupaciones parecían tener fundamento, su espacio vital se reducía a marchas forzadas viendo como algunos de sus paisanos vendían sus terrenos para la causa del hormigón.

Con el tiempo este temor se convirtió en ventaja, y a la vez que sus cubos comienzan a llenarse del afamado langostino de Huelva, aparecen los primeros veraneantes curiosos, husmean en sus barcas, los elogian por sus capturas. Los turistas se han convertido en una salida rápida a sus productos, ya que gran parte de lo capturado, acaba siendo vendida a éstos en la propia barca, evitando así intermediarios entre unos y otros. ¿Quizá se acuñara en esta zona el termino de “desarrollo sostenible” viendo como el barrio de pescadores sobrevivía al desarrollo turístico?

Cuando “El Portugués” limpia sus redes sobre su barca en la arena, muchos son los que desvían su paseo y se acercan, desde el borde de la playa o desde el paseo marítimo, hacia las barcas, a preguntar cómo ha ido el día o admirar las capturas.

“Fíjate...” , me decía sonriendo, *“... ahora somos buenos, un reclamo turístico, pero somos los mismos, actuamos igual, seguimos andando descalzos, bebiendo litronas y comiendo bocadillos mientras limpiamos las artes, no hemos cambiado en nada. Cuando yo era chico, la gente pasaba y nos llamaba guarros. Los domingos los chicos de Lepe paseaban por la playa bien vestidos, agarrados con sus novias de las manos, y se reían de nosotros. Ahora la gente no nos mira igual”* - *“Será el efecto del nuevo paseo marítimo el que ha propiciado el cambio”* comenté torpemente, y entonces sin darle la menor importancia, Josemari “El Portugués”, me enseñó la clave de la cuestión, la única salida posible, nuestra esperanza de futuro; *“nosotros somos los mismos, pero la sociedad ha cambiado, ha evolucionado”*.

Las casas de la Barriada de Pescadores La Antilla siempre estarán ahí. El actual alcalde se ocupó de arreglar papeles y asegurar que aquí no habrá un hotel con piscina. Pero quizá dentro de poco no podremos ver en el nuevo paseo marítimo a los viejos marinos mirando el mar con añoranza, o bajando a la playa a ver la pesca que traen las barcas de regreso, y hablar de los tiempos del langostino, cuando se llenaban los cubos y aseguraban el jornal, cuando las redes salían cargadas, pesadas, llenas de ropa para los niños, de libros, de tejas nuevas para arreglar goteras. En estos momentos la actual crisis económica está bajando a los jóvenes de los andamios para devolverlos al mar, quizá este verano sigan sin venir los turistas y sobren manos también en los restaurantes y en las terrazas del pueblo, y sobren jardineros en las urbanizaciones, y pinten estos la vieja patera de padre y la remocen con un potente motor para salir con las nuevas redes al mar que siempre les espera. Pero los bancos de langostinos difícilmente volverán, y cada vez tocarán a menos y habrá que acercarse más hacia El Terrón o Isla Cristina y arreglar la faena con los chocos o si hay suerte con algún centollo despistado, o hacer la maleta y marchar a otros mares o a secas ciudades lejos del sabor a mar que trae la brisa.